

José Vicente Mestre Lombana

PELEA DE GALLOS



Catalogación en la publicación



Pelea de Gallos: Entre el honor y el destino

José Vicente Mestre Lombana

Corrección de estilo

Verónica Prada

Diagramación

Sante Masiero

ISBN 978-958-49-0350-1

Primera edición: diciembre de 2020

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Impresión y distribución

autoreseditores.com

PARTE PRIMERA

Capítulo I	7
Capítulo II.....	53
Capítulo III	94
Capítulo IV	139

PARTE SEGUNDA

Capítulo I	161
Capítulo II.....	188
Capítulo III	238
Capítulo IV	247
Capítulo V	267
Capítulo VI	281
Capítulo VII.....	297
Capítulo VIII	300

*En las tardes, antes del ocaso, se extiende por todo el litoral
la afición por las que muchos desbordan adrenalina
cuando presencian de los gallos
toda aquella carga emocional*

*Los coliseos artesanales se pueblan enteros
al pie de un redoblón, que en sus adentros arena lleva
contra los animales y aquellos que en las apuestas son austeros
las gargantas, en vituperios, se descuellan*

*Entre todos se distingue
por su imponente presencia y suerte
(el noble ademán que lo resiste):
Juan Gallo, quien busca en el otro la muerte*

*Llega a caballo, bien vestido y perfumado
dejando sin aliento a más de una hembra
que al verlo pasar recuerda que la ha amado
pero al día siguiente, sola la ha dejado en la siembra*

*En su olor lleva lo rancio y lo fino
lo primero del sol, lo segundo del perfume
a su paladar le gusta el ron, no el vino
y en la gallera no hay gritería que lo abruma*

*A sus espaldas lleva el sufrimiento y la sangre
la tormenta de los años mella le ha dejado
con un alma más ácida que el vinagre
y al amor busca tenerlo alejado*

*Con el Gallo Pintón siempre gana
las espuelas dicen que las tiene rezadas
pues la gallera con la muerte siempre engalana
y en sus plumas lleva el beso de las engañadas*

PARTE PRIMERA

Capítulo I

La noche que me vi venir no había nada entre los dos. El silencio angustiaba mis entrañas y me introduje dentro de mí mismo, buscando las ansias que algún día me acompañaron.

Me llamaban entonces Juan Gallo. Mi nombre es Juan José Vaca, pero a nadie le pareció que tal nombre fuera digno para alguien que tenía las espuelas afiladas en la arena y desplumaba a las gallinas que se le cruzaban alrededor, en las fiestas de feria donde desarrollaba mi vida.

Nací en La Apartada, un pequeño pueblo pobre y deprimido del Departamento de Córdoba. Mi madre me trajo al mundo en medio de una pelea de gallos, pues mi padre la había hecho esperar con los dolores hasta que finalizara una afrenta para que se llevara a cabo el parto. Pero no me hice esperar y tuvieron que interrumpir la contienda. Por suerte, un médico medio ebrio que se encontraba en el lugar saltó la valla que dividía las tribunas de la arena, tendió a mi madre sobre el suelo salpicado de la sangre de los gallos y allí nací. Para la sorpresa de mi padre, mi vida comenzó en el lugar donde se morían sus anhelos.

Mi madre murió de una preeclamsia provocada por su traumático embarazo; solo duré junto a ella ocho días, el tiempo

necesario para que llegara su muerte y al noveno día partí junto a mi padre rumbo hacia San Marcos, otro pequeño pueblo de la región del río San Jorge, al cual nunca terminamos de llegar. Crecí al lado de mi padre, viajando de feria en feria, acostumbrado a verlo empapado en los juegos de azar. Los cuadernos en los que aprendí a escribir fueron las cartas de juego viejas que papá botaba y mis clases de biología se resumieron a estudiar las partes del cuerpo de los gallos de pelea, que él adiestraba para venderlos al mejor postor que se atreviera a tirarlos en los ruedos.

De vez en cuando mi padre decaía tanto en las depresiones que lo abordaban, que decidía distraerme en las artes de los juegos de azar y las peleas de gallos. Esa fue toda la educación que me proporcionó de niño; y ya cuando me vio más crecido lo convirtió en una disciplina en la cual invertía horas y horas, tratando de que algo de su vida fuera diferente de las reiteradas derrotas que vivía.

Pasado algo de tiempo me convertí en una fuente de ingresos, pues a mis escasos ocho años los adultos que no eran tahúres se me enfrentaban en las cartas y terminaban perdiendo. Cobrábamos diez pesos por cada enfrentamiento; si alguno me ganaba se llevaba los treinta, pero eso casi nunca sucedía ya que mi padre conocía a todos los apostadores y solo me deja enfrentarme con aquellos cuya suerte era peor que la de él.

En realidad, quien me enseñó el juego de las cartas en todo su esplendor no fue mi padre sino don César Mateus, un

tahúr en decadencia, quien no podía explotar su talento debido a que, por el temor de los adinerados a enfrentársele, cayó en desgracia luego de tener un contubernio con la hermana de su mujer que terminó castrándolo antes de suicidarse. Apegado al fracaso de mi padre, quien no encontró en su vida el camino del triunfo, don César se encontraba de paso en la mayoría de los lugares de feria en los cuales mi papá y yo nos hallábamos. Para mi entrenamiento esperábamos a que este tomara la siesta y entonces comenzábamos nuestras intensas jornadas de aprendizaje. El secreto era saber lo que pensaba cada uno de los contrincantes y eso se descubría por la manera en que desarrollaban su juego; cada carta de la que se deshacían implicaba una tendencia de juego contraria y cada una de las cartas que tomaban definía el juego que pretendían armar. Eso lo sabía mi padre, pero nadie le había dicho que la mayoría de veces existía un juego dentro de la mesa y otro en las vestiduras de los jugadores, y que el ganador sería el que fuera capaz de reemplazar aquel por este.

Fue así como don César me enseñó a ser un tramposo profesional y poco a poco le fue sugiriendo a mi padre aceptar que en mis números me enfrentara a contrincantes más recorridos. Al tener once años mi espectáculo ya era esperado en las fiestas de pueblo; tanto así que mi padre, don César y yo nos hicimos parte del circo Los Malambos, que se encargaba de amenizar las ferias de la región y de donde mi padre se había

retirado cuando yo nací, dejando en él a la fiel compañera de mi madre: Magnolia Olivares del Toro, Magnita.

Mi papá nunca se conformó con ser otro miembro más de un circo. Solía renegar diciendo: «Yo no soy un payaso más de este lugar, soy un jugador», y por eso constantemente se le veía con algún gallo debajo del brazo, al cual entrenaba en las técnicas de la pelea —un arte al que nunca me indujo directamente, pero que me resultaba más atractivo que el juego de cartas—. Mi padre nunca se negó a que lo observara durante el entrenamiento de los gallos y yo lo perseguía cuando se dirigía a una gallera, con la esperanza de verlos pelar. Tenía la corazonada de que la suerte nos vendría desde un ruedo, pero papá siempre vendía los gallos en las corraleras y nos devolvíamos sin haber dado la pelea; él solo se atrevía a apostar por el gallo de otros e invariablemente perdía. Jamás entendí por qué lo hacía; por qué, luego de meses de trabajo y entrenamiento, se conformaba con entregar sus ilusiones a cambio de unos cuantos pesos y dejaba que se esfumara la esperanza de triunfar a lo grande. Pero nunca me atreví a preguntarle la razón de tal conducta hasta el día de su muerte.

El fallecimiento de papá me asaltó a los trece. La tuberculosis lo había invadido desde hacía tiempo, pero él siempre trató de ocultarla. La muerte lo tomó cuando entrenaba al Gallo Pintón, un animal arrogante y bien formado, con las espuelas como un garfío y un plumaje de color cobrizo que destellaba con